



PRECIOS DE SUSCRIPCION

Huesca, trimestre.... 0'75 pesetas
Fuera, idem..... 1 >
Número suelto..... 0'15 >

Pago adelantado

DIRECTOR

G. GOTA HERNÁNDEZ

REDACCIÓN

COSO BAJO, NUM. 103. — HUESCA

La correspondencia á la
imprensa de este periódico
á nombre del Administrador

No se devuelven originales

SUMARIO

Crónica, por H.—Y las puertas del Infierno no prevalecerán contra la Iglesia, por Cornelio Arias Díez.—El Árbol de la Cruz, (Leyenda), por X.—Cuentos de Aragón, Las Brujas, por J. Valenzuela.—Jaca, Impresiones de viaje, por P. Gascón y Gotor.—El Compromiso de Caspe, por N. A.—Catálogo de Hijos notables de esta provincia.

CRÓNICA

Tomamos la pluma, y, á pesar de los múltiples y variados acontecimientos, poco, ó mejor dicho, nada nuevo podemos dar á nuestros lectores.

Nada más sobre el centenario del general Ricardos. De su desarrollo y de sus detalles ha hablado con la amplitud debida la prensa en general, y por lo que atañe á nuestro número extraordinario encomiándolo suficientemente, en justo y debido tributo á su objetivo y á la estima y consideración de muchas de las firmas de ilustradísimos escritores que en él aparecieron.

A nosotros nos satisface haber contribuido con nuestra pequeñez á obra tan magna, dadas nuestras escasas fuerzas.

Réstanos,—sí,—agradecer también á los que excediéndose en sus faenas han contribuido en su parte material al mejor logro de nuestro propósito. Nos referimos á los ilustra-

dos tipógrafos que confeccionan nuestra publicación y á su inteligente jefe Sr. Delgado representante de la nueva imprenta de los señores Blasco y Andrés.

Las festividades de Semana Santa hanse celebrado con inusitada pompa en todos los templos de esta capital, y especialmente en la Santa Iglesia Catedral donde se cantaron dos magníficas composiciones musicales en los Misereres de Miércoles y Jueves santo, composiciones ambas superiores á los elementos con que dispone la orquesta.

La procesión del Santo entierro, resultó lucidísima y hora era que numerosa representación del Municipio acompañara á las demás autoridades en la presidencia.

Esta ceremonia religiosa tiene detalles preciosos que recuerdan la época de la Pasión por la indumentaria típica; en cambio detalles hay donde el buen gusto y el sabor de época desaparece completamente, cuales son los trajes de las *Síbilas* que no dicen absolutamente nada, con referencia al tipo histórico, y las abundantes *Mariás* y *Santas mujeres* que tampoco resultan con sus mantos y coronas de espinas, y arrastre de cadenas, etc. etc. Como no resultan tampoco las *Santas Teresas* de Jesús en esta procesión. Pero no entremos en detalles, donde tan vasto campo tendría la pluma del ilustrado Mérida.

La Archicofradía de la Vera-Cruz, en donde

hay personas de buen gusto y sano criterio, debe hacer desaparecer cuanto se oponga á quitar ese sabor místico y religioso que debe reinar en el solemne acto que nos recuerda el drama de la Redención del género humano.

En la adoración de la Cruz la Reina Regente ha indultado, entre otros, á un desgraciado anciano que pronto debía expiar su crimen en afrentoso patíbulo.

—Yo lo perdono para que Dios me perdone. —dijo la Reina—y con tan sublime frase ha librado á esta ciudad de un espectáculo, si bien justo, repugnante.

La Pascua florida se nos presenta con un cielo esplendoroso y un sol radiante. Tanto esplendor y tanta radiación del *astro rey* están agostando las plantas. Se susurra la idea de empezar rogativas para impetrar el beneficio de la lluvia.

Estas calamidades no forman obstáculo para que se inicien sociedades *taurómacas* en la capital, en pró de la *cultura* que necesita este país.

El Teatro abrió sus puertas á una compañía cómico-lírica y, según reza el cartel, dará diez funciones de abono y algunos beneficios.

Del desarrollo de esta campaña teatral nos ocuparemos en el número próximo, y nos complacerá que sea satisfactoria para el público y más productiva para el empresario de lo que lo han sido en otras ocasiones.

H.

«Y las puertas del Infierno no prevalecerán contra la Iglesia.»

¿Quién sacó al mundo del estado de humillación y de embrutecimiento en que lo había sumergido el desenfreno de las pasiones? ¿Quién esparció sobre él las verdaderas creencias, ahogando con la fuerza de sus luces el vergonzoso sistema del politeísmo, reorganizando la vida social, estableciendo el orden y proclamando la verdadera libertad ante las férreas puertas del error, de la perdición y de la muerte? ¡El Evangelio!

Jesucristo, manantial inagotable de purísima luz, no solo la difundió por medio de aquel Sagrado Código, sino que excitó su acción en el corazón humano, adoptando un medio propio de su infinita sabiduría. Elige doce hombres rudos, doce pobres pescadores de Galilea y llenándolos de su divino Espíritu les dice: «Id y recorrer el universo, predicad el Evangelio á todas las criaturas; enseñadle á todas las naciones; los que creyeren en vuestras palabras, serán librados de las amarras del Infierno; mas desdichado del que despreciare vuestra doctrina porque sobre él pesa una reprobación eterna.» Y repartiéndose los Apóstoles el vasto campo del mundo, llevan la predicación hasta sus más remotos confines. En el Asia, cuna del género humano, en la Persia, en la India y en el Africa, en todas partes ha-

cen resonar su acento, y á su eco atronador cae roto en mil pedazos el monstruo de la idolatría.

Tanto es así que el Persa que adoraba el Sol, como el Egipcio que buscaba la divinidad entre las aguas del Nilo; tanto el Caldeo que creía hallarla entre los astros, como el Romano que arrollaba el mundo con sus victorias; tanto el Galo que inclinaba su altiva frente ante la sagrada encina como el Germano, el Arabe y el Griego, todos á su vez, todos escucharon la voz de los discípulos del Crucificado, y abandonaron sus falsas doctrinas en el universo asombrado, reconociendo solamente al Dios de la luz y de la verdad. El Evangelio triunfa por todas partes, y las naciones acatándolo y practicando sus máximas de paz, viven tranquilas á la sombra de este árbol bienhechor. Establecido el imperio de la libertad bien entendida bajo la enseña de la Cruz, recobran los pueblos los indescriptibles derechos de la naturaleza, se anatematiza la esclavitud, y publicada al pié de los altares la igualdad ante la ley de aquellos á quienes el Evangelio ha declarado libres segun su gracia, es decretada la emancipación por los emperadores y el gran Constantino en un día rompe las cadenas de sesenta millones de esclavos; el hombre, en fin, recupera su dignidad y reconociendo el destello divino que brilla en su frente, somete la voluntad al entendimiento, hace que este ceda á la razón y encadenando la razón á la fé, vé en su semejante una como él imagen viva del Criador y siente germinar dentro de sí la caridad y todas las virtudes cuya voz no escuchara antes. La sociedad encuentra el remedio eficaz contra la gangrena que mina su existencia; encuentra el correctivo de los vicios; halla el principio de su vitalidad que en vano buscó por medio de la fuerza de las riquezas, y moralizados sus individuos á virtud de aquel Código civilizador á quien la sociedad debe su vida y su defensa, vé esta colorear la aurora de su engrandecimiento disfrutando de paz, de libertad y de leyes justas, bajo cuyo influjo se desarrollan las ciencias, la industria y la prosperidad. Tal es la obra inmortal del Evangelio!!

Pero el hombre obcecado, sumido en el lodazal de sus pasiones, gasta sus fuerzas en hacer cruda guerra á la verdad, y olvidando sus más sagrados deberes y ahogando la voz de su conciencia, inventa errores con que poner á cubierto sus vicios degradantes. En sus delirios proclama como principio la duda y la libertad de examen; quiere llegar hasta el trono del mismo Dios y examinar con la antorcha del análisis sus más recónditos misterios; y al tocar el inmenso vacío que separa al hombre de su Dios, antes que confesar su locura, habla al mundo con la blasfemia en los labios; turba por completo las religiosas creencias; confunde las ideas del bien y del mal; obscurce las verdades tradicionales que son el consuelo del alma; se ensaña contra la Religión; pretende arrojarla de sus altares; jura el exter-

minio de sus ministros, y poseído de un vértigo infernal asesta los más impíos denuestos contra los que le muestran el verdadero camino de salvación.

He aquí pues el origen de los ataques que se han dirigido contra la religión; he aquí el principio de las heregias, de las impiedades, de la incredulidad, de los cismas y de los errores que se han lanzado al mundo queriendo conmoverlo hasta en sus cimientos. Días de esterminio y de tristeza ha sufrido la Iglesia; innumerables son las persecuciones de que ha sido víctima por defender la pureza de la doctrina que sostiene, pero estaba escrito, que no prevalecerán contra ella las puertas del Infierno, y la sangre de los cristianos derramada por Nerón, Domiciano y Trajano; los tormentos inventados por Decio, Valerio y Aureliano, y las crueldades, en fin, consumadas por Diocleciano y Maximiano, no sirvieron más que para enaltecer más y más la corona del Catolicismo.

También el Protestantismo con todas sus fases y sus innumerables divisiones, después de haber llenado el orbe de ruido y de haber provocado espantosas revoluciones en las ideas y de haberse ensangrentado contra el Catolicismo, atados al carro de su triunfo, han aumentado con sus ataques el número de las victorias cristianas, testimoniando así al mundo civilizado que la Religión católica es inmortal, que sus verdades son eternas y que jamás prevalecerán contra ella las sombras del error. Las teorías de sus escuelas son oídas con desden por los hombres cultos; el escepticismo como el materialismo han sido condenados por la ciencia; y luchando el Protestantismo con la división de sus infinitas fracciones, presenta en su desorganización el espectáculo de un cadáver, cuyos miembros separados por su corrupción propia, en vano intentan reunir los que un día de delirio vieron en él al ídolo de sus adoraciones.

No obstante; al contemplar los enemigos del Cristianismo que en todas partes la ciencia rinde culto á la verdadera religión; al considerar rasgado el velo de su impiedad con el que, bajo tal ó cual forma encubrían sus vicios; al verse expuestos ante los ojos de la sociedad civilizada con toda la fealdad repugnante de su desnudez, y al sentir los efectos de la deserción, aun en el seno mismo de sus mas principales escuelas, acuden al último medio, al último recuerdo que hallan en su desesperación; apelan á la incredulidad.

Pulverizados sus sofismas por la severidad del dogma Católico; destruido el artificio de su falsedad, hacen un llamamiento á todos los errores que en el transcurso de los siglos ha vencido la Iglesia, transigen con sus parciales negaciones; proyectan una refundición de todas ellas, y lanzan sobre el mundo la mas absurda de las teorías, la negación de todo principio, la incredulidad absoluta. Tal es la lucha que hoy presentan las pasiones; lucha que no tiene otra base que la falta de creen-

cias; es el error mas grosero que la impiedad ha podido abortar; es el sistema mas depresivo de la dignidad del hombre; es el que mas le humilla; el que mas debe herir su racionalidad; pero como sistema negativo, sistema que principia por el indiferentísimo y toma su desarrollo en la inercia y en el olvido, su introducción es fácil; desnudo en todo aparato, desnudo hasta de razones, este último enemigo de la religión, cruza por la sociedad como un espectro sombrío; é infiltrando silencioso su aliento de hielo en el corazón humano, apaga lentamente la luz de la fé que con profunda veneración guardaba el alma en su santuario. Sus efectos son horrorosos.....! Rotos los lazos que sostienen la sociedad; esos lazos hijos de la moral, que fundados sobre las creencias enlazan el tiempo con la eternidad; que unen lo presente con el porvenir y que han civilizado al hombre y refrenado sus impetuosas pasiones, la imaginación no alcanza á concebir hasta que altura levantaría el crimen su ensangrentada cabeza, sino estuviera escrito que las puertas del Infierno no prevalecerán contra la Iglesia.

CORNELIO ARIAS DIEZ.



EL ARBOL DE LA CRUZ

(LEYENDA)

Próximamente un siglo antes del nacimiento de Nuestro Señor, vivía á algunas leguas de Jerusalén un hombre llamado Elifas. Habiéndose hecho culpable de un gran crimen, este hombre llevaba una vida muy miserable, atormentado como estaba por un vivo remordimiento. Muchas veces se le habia ocurrido tirarse al Jordán, pero la conciencia y el instinto le habian contenido.

Un día que vagaba por las orillas del río, encontró á uno de esos solitarios cuya vida ha descrito Filón y que se llamaba Terapeutas.

Elifás le hizo conocer el estado de su alma, y le preguntó cómo debia arreglarse para apaciguar sus remordimientos.—Haciendo penitencia,—respondió el solitario.—Y ¿que penitencia?, preguntó Elifás.—Sigueme, y te lo indicaré.

Elifás siguió al solitario, y pronto llegaron á una pequeña colina plantada de trebentinos.

Sabido es que este árbol es común en la Judea, y de ellos se habla con frecuencia en las Sagradas Escrituras.

A la sombra de un trebentino Abraham recibió á los tres ángeles; debajo de un trebentino Jacob enterró los falsos Dioses que sus gentes habian traído de Mesopotamia.

Mostrando á Elifas uno de estos árboles todavía joven.—Vás le dijo al terapeuta, á regarlo hasta que sea grande. Diariamente, antes de ponerse el Sol, irás al Jordán, llenarás un

cántaro de agua del río, y la verteras al pie del trebentino. Si faltas á ello un solo día, el árbol morirá, tu salvación estará comprometida.

Elifás aceptó sin dificultad la penitencia, y desde este mismo día comenzó á regar su trebentino.

Hacia ya muchos meses que cumplía muy exactamente su tarea, cuando una tarde, volviendo del Jordán con su cántaro lleno, vió venir á él un mendigo que le pidió de beber. Elifás rehusó desde luego; pero, reflexionando que aún despues de darle de beber le quedaria siempre bastante agua para su trebentino, presentó su cántaro al mendigo. Este lo cogió, lo vació de un trago y desapareció riendose burlonamente.

Este mendigo era el diablo que habia querido hacer inútil la penitencia de Elifás, y arrojarlo en la desesperación.

Elifás quedó tan sorprendido como triste. Era ya tarde, y el sol estaria seguramente puesto antes que él hubiese hecho un nuevo viaje al Jordán.

Se retiró á su casa, el alma llena de tristeza, y pasó la noche sin cerrar los ojos. El pensamiento de su trebentino no se le quitó. Desde el amanecer, se levantó y corrió á ver si estaba ya muerto.

¡Cual no seria su sorpresa encontrándolo notablemente más crecido que la vispera! Su caridad habia sido recompensada, y el diablo habia perdido su tiempo y trabajo.

La leyenda añade que con este trebentino fué hecha la Cruz del Salvador.

X.

CUENTOS DE ARAGÓN

LAS BRUJAS

En la provincia de X..... en la parte que se une á la de Z..... hay un pueblo pequeño con aspiraciones de población importante, sin más riquezas que trigo y azafrán, que, cuando se vendian caros, hacían llevadera la vida del lugar aquel.

Si ha tenido azafrán, también ha tenido brujas, otra riqueza no menos importante, sin la cual casi es imposible la conservación de los pequeños pueblos.

En casi todos quedan restos de supersticiones más ó menos raras, que los crédulos fundan en hechos, al parecer, verdaderos.

Respecto á las brujas, es general.

El que no se atreve á creer que andan montadas en una escoba, cree por lo menos, que se convierten á capricho en animales de todas las clases.

En el pueblo en que mentalmentenos hallamos las brujas son el *coco*, no ya de los pequeños, sino también de los viejos, ya que no de los jóvenes que, como aragoneses, son ca-

paces de cuadrarse ante el más tétrico fantasma.

El miedo á las brujas era atroz hace pocos años, menos de una docena, cuando vivia la *tía Polla*.

Aquella mujer de pelo blanco, peinado hacia atrás y atado en forma de picaporte, con nariz larga y encorvada, ojos pequeños, arrugas perpendiculares, horizontales y oblicuas; rectas, curvas y mixtas en toda su cara, con su rueca y huso en movimiento era el terror de toda la vecindad.

Yo, que estuve larga temporada en aquel pueblo, pasé mis miedos.

Acompañados de algunos niños de mi edad pasé por su puerta muchas veces, siempre armado, como todos mis compañeros, de mi correspondiente cruz de caña, que tiene virtud de espantar las brujas.

Si divisábamos algún gato por su calle, poseídos de que era la *tía Polla* disfrazada, nos lanzábamos á él con las cruces, y, asustado, se colaba por la primera puerta que veía.

La tía Cristina casi todos los días convidaba á la bruja, temerosa de que le hiciera algún mal.

Si alguno despertaba por la noche sobresaltado, como frecuentemente sucede, hacia la señal de la cruz para ahuyentar á la bruja.

En la casa de Liarte, persona de las principales del pueblo, venían echando de menos grandes trozos de longaniza. Deseosa la señora de saber quien atacaba su propiedad tan villanamente, comisionó á la criada para que investigará, si podia, quien se llevaba los sabrosos embutidos, la cual aceptó de buen grado para que no se sospechara de ella.

La despensa tenía una pequeña ventana á poca distancia del suelo, con una reja, que no daba paso más que á un gato. Las longanizas estaban bastante bajas, colgadas en un palo horizontal.

La criada se escondió debajó de la ventana, segura de que la extracción se haría con algún largo palo. Allí se arrinconó armada de unas tenazas.

Como á la media noche oyó un pequeño ruido en la reja, y poco despues lanzarse al cuarto un hermoso gato, que sin mirar quien le espiaba, se subió por una mesa al palo de las longanizas, desde donde empezó á comer con gran apetito.

Rápidamente, la criada alzó las tenazas y dió un terrible golpe en la pata del gato, que en un salto ganó la calle y desapareció.

Estaba tan arraigada la creencia de que la *tía Polla* se convertia en gato por las noches, que la criada no pensó en otra cosa que en comunicar su parecer á los señores, diciéndoles que le habia dado un terrible golpe en la pata.

La primera operación de la familia, al siguiente día, fué observar á la *tía Polla*.

A una hora bastante avanzada de la mañana asomó por la puerta de su casa con su rueca y huso para tomar el sol.

No quiso ver más la familia de las longanizas; sólo divulgó el hecho por todo el pueblo, porque, en efecto, desde aquella noche la *tía Polla* fué coja hasta su muerte, sin que nadie se atreviera á preguntarle la causa.

J. VALENZUELA.

JACA

IMPRESIONES DE VIAJE

Celebrar había oído á la ciudad de Jaca, y de ahí mi deseo de llegar á ella para examinarla y estudiarla escudriñando todos los rincones que son los sitios donde en estas poblaciones antiguas, modernizadas, suelen hallarse recuerdos de lo que fueron.

En Jaca, poco antiguo, pero bueno y maltratado, he visto. En la Catedral, que es el mejor monumento artístico que encierra, he notado, en su entrada lateral, los efectos de la ignorancia en arqueología. Las tres columnas del costado izquierdo, de las siete que con preciosos capiteles románicos sobre todo el primero á la derecha, entrando, que representa un pasaje de la Escritura, forman el pórtico que dá á la plaza del Mercado, se hallan tapiadas, sin que llegue á comprender la causa que impulsara á ello; por que si bien puede argüirse, ser la causa el riguroso frío que se siente en Jaca, puede muy bien salvarse este inconveniente y respetar el arte continuando en dicho lado la verja encerrada en fuertes hojas de madera, cuyas partes superiores recortarán la silueta de los capiteles. En la fachada se ven, aunque pocos, detalles románicos.

La otra entrada de la iglesia, por la plaza de San Pedro, si bien es mucho más elevada y amplia, vale menos artísticamente, que la lateral; verdad es, que no le faltan como á esta, los arcos en degradación, con hermosos capiteles y columnas del estilo floreciente en el reinado de Ramiro I el *Cristianísimo*, fundador de la Catedral parroquia, y además ostenta un bien conservado lábaro de la misma época, y, ocultos, algunos emblemas y versos esculpidos en su parte superior.

Y antes de continuar, permítame el benévolo lector una pequeña digresión, para rogar, en nombre de la estética, del arte y del buen gusto, que quiten por lo que valga, las dos desgraciadas estatuas que, sobre pedestales feísimos de estuco, se encuentran colocadas en el atrio ó *lonja*.

Penetrando por la plaza de San Pedro, á la Catedral, se encuentra el viajero con tres naves que la dividen y cuya central es más elevada y esbelta, con sus crucerías ojivales y sus columnas románicas modernizadas y pintadas. Por ambos lados de las naves laterales, corre una serie de capillas de variadas épocas y estilos. Plateresca es—no plateresca bizan-

tina como cierto autor profano en estilos le llama—la de San Miguel, la de la Santísima Trinidad atribuida á Berruguete; la figura del Padre Eterno, que ocupa el centro del retablo, está magistralmente trabajada, recordando su cabeza, la del Moisés de Rafael, así como las dos que están á los lados bajo hornacinas; no así el resto del altar que indica ser obra de algún discípulo del celebrado artífice valenciano, y que carece de aquella pulcritud y elegancia de líneas que se observa en el soberbio trascoro de la Catedral de La Seo de Zaragoza, obra del inmortal *Tudelilla*.

Un bien labrado sepulcro, el de D. Pedro Beger, Obispo de Alguer en la Cerdeña, á fines del siglo XVI, que se levanta airoso á un lado del crucero, pertenece también al mismo período.

Son ojivales las capillas de Santa Ana y dos más situadas, una en frente de la otra, al lado de la de San Miguel, y la puerta que dá paso al claustro—en el que se ven inscripciones antiguas.—El altar mayor carece de estética y de arte, no obstante ser notabilísimo el anterior, mandado retirar para colocar el actual, con cuya desaparición ganaría el templo y el arte.

La forjadura del antepecho del balconcillo que hay saliendo del coro, para colocarse los canónigos en las grandes solemnidades, es digna de verse, igualmente que la verja de la capilla que en el claustro tiene la Virgen del Pilar. En el mismo recinto en que se encuentra esta capilla existen otras varias, y fragmentos antiguos llevados, al parecer, expresos á aquel lugar. El coro es bonito, pero bajo y reducido y pertenece al estilo barroco; el primitivo ábside románico es lo mejor que de esa época se conserva.

El templo guarda la joya de mas valor con que Jaca puede mostrarse orgullosa: el cuerpo de su Patrona, la mártir doncella Santa Orosia, el que todos los años, y en el día de su fiesta, se expone á la veneración de sus fieles.

Fuera ya de la Catedral, respecto á antigüedades, véanse en algunas puertas y edificios detalles ojivales como en las ventanas de la cuadrangular *torre del reloj*, muchas de ellas, por desgracia tapiadas; la sencilla y elegante portada plateresca del Ayuntamiento, con rejas y ventanas á los lados que por cierto no ocupan el centro, efecto sin duda de haberle quitado fachada. En el archivo se guarda el trage del antiguo Prior de los Jurados, una rodela y un casco árabes, que se usan en las tradicionales fiestas que se celebran todos los años el primer viernes de Mayo, en conmemoración de la batalla ganada á los moros por los jaqueses, la maza que se empleaba en la jura de los reyes, y el famoso *libro de la cadena* que contiene escrito en pergamino, los antiguos fueros y privilegios de Jaca.

El vetusto solar de Hago, en la actualidad reconstruido por su propietario el farmacéutico D. Francisco Garcia, es muy visitado para

admirar su monumental chimenea ojival con escudos y leones heráldicos, acerca de la cual se expresa en laudatorias frases Cuadrado, sin llegar á determinar su época; sin que esto sea pecar de atrevido, opino que pertenece al siglo XV.

Edificios particulares con galerías corridas del siglo XVI, caprichosos balcones y llamadores, existen diseminados por la población, aunque en escaso número.

Las murallas que rodean á Jaca, á pesar de las modificaciones por que ha pasado, y de las variadas formas y alturas de sus toreones, conservan todavía el sello que han recibido en el transcurso de los siglos, así como la ciudadela que la constituye en plaza fuerte, acusan en sus materiales el sistema de construcción propio, característico del siglo XVI y principios del XVII.

De pinturas vi muy pocas, y de escaso mérito la mayoría, excepto el lienzo *Martirio de San Marcial* cuadro-retablo del altar mayor del convento de las monjas Benedictinas, debido, según autorizadas referencias, al eminente artista Rivera *El Españolito*.

Dos palabras para terminar: Jaca es una ciudad agrícola, industrial y comercial, en la que han entrado los adelantos modernos, más que en otras poblaciones de mayor importancia, como el alumbrado eléctrico, que se ve instalado hasta en la tienda más modesta. Sus calles como la Mayor, de Echegaray, del Obispo etc., son rectas, provistas de buenas casas y aceras, y con el pavimento de tierra; tiene hermosos paseos y pintorescas afueras, tiendas bien montadas, cafés, casinos, establecimientos benéficos, correos, telégrafos, colegios, seminario, Palacio Episcopal, Iglesias barrocas, y á unos kilómetros de distancia de la población, bajo imponente peña, se alza, aún orgulloso, el monumental *Monasterio de San Juan de la Peña*, con su claustro bizantino, grandiosa obra artística, abandonada y ruinosa, que guarda las cenizas de monarcas y príncipes esclarecidos.

P. GASCÓN Y GOTOR.

DATOS BIOGRÁFICOS

El coronel Sangenis.

Uno de los periódicos de mas circulación en este reino, publicó hace algún tiempo los siguientes datos que recogemos para ampliar en su día y completar mas tarde la biografía de tan ilustre alto-aragonés.

«Nació D. Antonio Sangenis en la villa de Albelda el 12 de Julio de 1767. Era hijo de D. Francisco Sangenis y Pocurull, señor jurisdiccional y baron de Blancafort, y de D.^a Teresa Torres y Castalnon. En 1774 le concedió Carlos III el grado de subteniente de infante-

ría. En 1783 concluía en Barcelona el estudio de las matemáticas, y en 1790 Carlos IV le nombró ayudante de ingenieros de sus ejércitos, plazas y fronteras con el sueldo de treinta escudos de vellón al mes, y, además de él, hallándose en campaña, dos raciones de pan y una de cebada al día. Ascendió á ingeniero extraordinario en 1774 con 45 escudos de vellón al mes, y en 1802 fué nombrado capitán del cuerpo de ingenieros. Palafox, en nombre de Fernando VII le hizo coronel de ingenieros, en consideración á los particulares encargos que estaba desempeñando en Zaragoza á primeros de Agosto de 1808.

Sangenis estuvo en la campaña del Rosellon á las órdenes del general Ricardos, y de este noble y entendido militar aprendió muchas observaciones que luego tuvo ocasión de plantear en Zaragoza. Después fué profesor de fortificación en la Academia de Ingenieros de Alcalá de Henares, y desde allí, dejando las tareas de la enseñanza y del estudio, muy placentas para su carácter, acudió cuando la invasión francesa, á las filas del combate, tomando puesto muy pronto entre los defensores de la capital aragonesa. Consejero, organizador é ingeniero, de todo tuvo Sangenis. El influía poderosamente en el ánimo y decisiones de Palafox; él mantenía siempre y encauzaba en ocasiones la éfervescencia popular deseosa de continuos choques con los franceses, y él, á fuerza de trabajo, de constancia, de admirable tacto y habilidad, supo formar, con elementos bisonos, un verdadero cuerpo de ingenieros que, rápida y perfectamente, echando mano de cualquier material, ora levantaban una trinchera, ora abrían un foso, ya atajaban una calle ó cubrían, con riesgo de su existencia, las brechas causadas por los cañones franceses. Sangenis estaba en todos sitios; todo lo proveía atendía á todo. Era la actividad mas inteligente, como Renavales era la actividad más fogosa y el P. Boggiero la actividad mas reflexiva.

Y así pasó los dos sitios, preparando trabajos de defensa, para hacer más posibles los resultados positivos del valor aragonés.

Desgraciadamente el día 12 de Enero de 1809, durante el segundo sitio, á las nueve de la mañana, y en la batería de Palafox, situada enfrente del puente de San José, una bola de cañon alcanzó al heroico ingeniero, ocasionándole la muerte. Se enterró á Sangenis en el templo del Pilar, detras de la santa capilla.

Fué Sangenis además de un valeroso soldado y de un entendido ingeniero, un sabio publicista que en varios libros y documentos dejó testimonios elocuentes de su valer como hombre de ciencia.

Valgan estos recuerdos á modo de homenajes rendidos ante los méritos extraordinarios de aquellos tipos, prez y honra de nuestra historia. Conviene ahora mucho revivir la memoria de tales hazañas para que sirvan de ejemplo y enseñanza á las generaciones presentes,

más dadas al cálculo positivo y á las consecuencias prácticas que á los sublimes sacrificios por los grandes ideales.

Acostúmbrense los pueblos á recordar sus héroes. El pueblo que los recuerda prueba que alcanza á sentirlos y comprende los, y en su caso llegaría también á saber imitarlos. ¡Pero, ¡ay! de los pueblos que los echan en olvido! ¡Esos cierran la etapa de sus glorias y abren la época de sus decadencias!»



EL COMPROMISO DE CASPE



Gozaba el reino de Aragón de mayor sosiego que las demás monarquías de España en los primeros años del siglo XV; mas bien pronto el cuadro placentero que presentaba la casa real de Aragón, cubriase de tristes y dolorosas tintas. Aquejado el país de mortífera peste; envuelta la Iglesia de lamentable cisma; faltó el Rey Don Martín de hijos, de esposa, de hermanos y descendientes legítimos; rodeada la corte de pretendientes ambiciosos, desplegábase á la vista un porvenir funesto.

Al terminar el año 1406, arrebatada la muerte á Doña María, esposa de Don Martín, lamentable suceso que vino á hundir en profunda tristeza el ánimo de este monarca, afectado ya con la pérdida de su nieto, hijo único legítimo de D. Martín de Sicilia, de quien pendía la esperanza de la sucesión en el trono de Aragón.

Encendida la guerra en Cerdeña, repugnaba el rey de Aragón exponer en ella la vida de su hijo; pero fueron tan vivas y reiteradas las instancias del joven valeroso que al cabo se vió el padre forzado á llamar Cortes en Barcelona, deseoso de atender á su demanda. Todos los pueblos acudieron con no excaso número de soldados, y al ver el entusiasmo de los súbditos, el rey concedió permiso á su hijo que pretendía sofocar la guerra civil en Cerdeña con belicosa mano. Dióse á la vela el 19 de Mayo de 1409; y tan rápidas fueron sus victorias que, cayendo prisionero Branaleón Doria, cabeza de los rebeldes, pudo asegurarse desde luego la terminación de la guerra. Quedaba todavía el vizconde de Narbona, pero pronto fué puesto en fuga y derrotado.

Recibió el rey Don Martín tan plausible noticia al domingo 14 de Julio del propio año 1409, hallándose en una casa de recreo cerca de Barcelona. A los pocos días la dolorosa é infausta nueva del fallecimiento de su hijo, el príncipe D. Martín, llegaba á sus oídos. Nada igualó la amargura del rey, y aunque procuró templarla con cristiana resignación, no tardó el dolor en llevarlo al sepulcro.

Huérfana quedó la corona de Aragón. Pronto se insinuaron gestiones tan prematuras, como ambiciosas, puestas en planta por algu-

nos personajes, que se creían con derecho á la sucesión del trono.

Eran nada menos que seis los que la pretendían: D. Alonso, duque de Gandia; D. Jaime conde de Urgel; D. Fernando de Antequera; Don Luis, duque de Calabria; D. Juan, conde de Prades; D. Fadrique, hijo natural de Don Martín de Sicilia.

Celebrábanse en el monasterio de Poblet con triste pompa y regio aparato los funerales del rey Don Martín; y no olvidando el gobernador del principado, Don Genaro Alamani de Cerbelló, el inminente peligro y riesgo á que se veían expuestos los pueblos por falta de cabeza legítima que pudiera ceñir tan esclarecida diadema, convoca al país, para que se reuniesen sus prohombres en parlamento general. Fué el punto designado Montblanch, donde debían concurrir los tres brazos eclesiástico, militar y popular, con los síndicos procuradores de todas las ciudades; y aunque según las leyes de Aragón, no podían tenerse cortes sin la debida anuencia del Rey, muerto este sin tomar resolución alguna, sirvió para igual efecto el poder del gobierno que, antes de cerrarse las últimas Cortes, había recibido una junta, compuesta de dos cancelleres y otros doce individuos. Espidiose la convocatoria á 22 de Julio de 1410, y en su virtud se reunió el parlamento de Montblanch el día señalado que fué el 31 de Agosto del propio año. Declarábase en ellas el peligroso estado, á que se veía reducido el reino por el fallecimiento de Don Martín, la conveniencia de tratar la sucesión, y por último, la necesidad de reunirse en corto número.

La enfermedad contagiosa que había aparecido en Montblanch fué causa de la traslación de las Cortes á Barcelona, inaugurándose el Parlamento con extraordinaria concurrencia.

Sublime y nunca antes realizado pensamiento era el de reunirse los vasallos para darse señor, congregarse los representantes de los pueblos para determinar quien había de ser su Rey, arrojando la temible ojeriza de ambiciosos pretendientes, poderosos casi todos, ninguno de ellos falto de derecho mas ó menos legítimo. Tan heroico y sublime pensamiento produjo desde luego resultados de suma importancia; pues cuando menos, apagó los nacientes odios, evitó el derramamiento de sangre, con el sacrificio de millares de inocentes, y dispó, en fin, los temores de una guerra cruel y fratricida, que amenazaba devastar en breve espacio, el reino entero.

El pretendiente conde de Urgel, apoyado por los Centeles y Vilaregudes, ambas familias poderosas, sostenía y fomentaba la intranquilidad en Valencia, y los demás pueblos que aspiraban á la Corona de Aragón, tampoco escaseaban las intrigas y motines.

Todos ellos comenzaron por acudir desde luego al Parlamento reunido en Barcelona; obtenida audiencia por los embajadores del duque de Gandia, del infante Don Fernando de Antequera, del Conde de Urgel y de la

reina Doña Violante, espusieron todos los derechos de que se juzgaban asistidos dichos pretendientes, dando á entender que tenían por cierta, facil y pronta la resolución de aquel grave negocio en favor suyo. Más templado y sobrio como siempre, contestó el Parlamento por boca de un digno miembro, manifestándoles *que trataba, antes de todo, unir los reinos de la corona, y que tan luego como se consiguiera, se daría el derecho á quien perteneciese por justicia.*

Aquietáronse con estas palabras los recelos de los pretendientes; pero las turbulencias sostenidas por estos no cesaron. El Parlamento tuvo que mandar varias comisiones á diferentes puntos, en donde los ánimos estaban sumamente agitados.

Mientras adelantaba el tiempo, suscitábanse nuevas dudas sobre la manera de resolver la cuestión vital para el reino de Aragon, declarando cual de los pretendientes á la corona era el que con mas justicia debiera ceñirla á sus sienes, y no solo discutian tan espinoso asunto los Parlamentos, las juntas en que se reunian los prohombres y los letrados, á quienes tenían los pretendientes confiado el examen de sus respectivos derechos: procuraban tambien ilustrarlo con sus escritos y advertencias, hombres distinguidos en la religión y en la toga, todo lo cual contribuía á dar mayor interés é importancia.

Acercábase, por fin, el dia en que ocupado el trono, cesaran las arbitrariedades y tiranías de los bandos militantes, quitados ya todo legítimo pretexto; pero no parecía sino que cuanto mas se aproximaba el anhelado momento, mas arreciaban los esfuerzos de los competidores y sus aficionados, mostrándose todos recelosos de que no obráran los jueces con entera lealtad, buena fé y limpia conciencia. Prôtestaron por lo mismo varios de ellos contra el nombramiento de personas que no fuesen de su confianza. Poco efecto hicieron semejantes protestas, si bien se dieron nuevas seguridades de que se obraría como siempre de buena fé, con imparcialidad y justicia: y hecha esta general manifestación se procedió luego á estender auto de concordia sobre la manera de declarar sucesor al último monarca.

Faltaba designar los nueve jueces ó compromisarios que debian reunirse en Caspe; y acordados y unánimes los Parlamentos, publicaronse con auto solemne á 16 de Marzo de 1412, los nombres de las nueve personas, que iban á fallar el gran pleito de la sucesión á la corona de Aragón. Eran por este reino, D. Domingo Ram, obispo de Huesca, doctor en cánones; Francisco de Aranda, natural de Teruel, y Berenguer de Bardaxi, letrado famoso; por Cataluña D. Pedro Zagarriga, arzobispo de Tarragona, licenciado en cánones, Guillen de Vallseca, doctor en leyes, y Bernardos de Gualbes, doctor en ambos derechos; por Valencia Bonifacio Ferrer, doctor en cánones,—

Fr. Vicente Ferrer, Ginés Rabasa, doctor en leyes.

La elección de los nueve compromisarios causó general regocijo, y tan luego como supieron los pretendientes al trono, el sitio y la manera de determinar el negocio de la sucesión, enviaron á Caspe sus procuradores y letrados, para alegar en informaciones, tan fundadas, como les fuera posible, sus respectivos derechos. Los jueces no quisieron inaugurar sus sesiones, sin seguir fielmente los artículos de la Concordia de 16 de Febrero; y antes de abrir aquel tribunal severo, imparcial é inapelable, prestaron juramento solemne de obrar con toda fidelidad y según les dictara la conciencia.

A fin de dar mayor publicidad á tan importante ceremonia, colócase un altar en la plaza de Caspe, no muy distante de la iglesia. y despues de haber oido misa, confesado y comulgado, puestas las manos sobre los Evangelios y sobre un crucifijo, pronunciaron un solemne juramento.

Constituidos al día siguiente, 18 de Abril de 1412, los jueces en un salón de la fortaleza de Caspe, rodeados de sencillo al par que imponente aparato, teniendo á un lado en modestos escaños á los Secretarios del compromiso, y en frente los sitiales que ocuparon los abogados y procuradores de los pretendientes, abrióse aquel gran pleito dinástico y nacional.

Treinta días consecutivos consagraron los nueve compromisarios á oír religiosamente las razones y fundamentos que cada letrado exponía en favor de su respectivo patrono; despues de examinar con madurez los derechos de cada uno, queriendo proceder con mayor circunspección en asunto tan difícil, acordaron prorrogar por un mes los dos, que en caso de necesidad tenían concedidos, sus importantes sesiones.

Al fin en 24 de Junio, Viernes, día de San Juan Bautista, se procedió á la elección, siendo electo el infante D. Fernando, como nieto de D. Pedro III, sobrino del último rey Don Martín, y por consiguiente el mas inmediato pariente de este monarca.

De esta manera se dió en Aragón término feliz á la cuestión dinástica, siendo únicamente aceptado por rey el designado por los compromisarios de Caspe.

N. A.

CATÁLOGO

DE

Hijos notables de esta provincia

A

Ainsa é Irriat (Don Francisco Diego de) Natural de Huesca y su historiador Siglo XVI.

Azara y Cascaró (Don José de) Nació en Alquezar Escritor Siglo XVII

Tip. Blasco y Andrés á cargo de F. Delgado